

magníficas estancias contenidas en sus castigos, una epopeya, en la cual relampagueaban cóleras celestes y abrasadoras. La generación, que oía tantas grandezas; la generación joven, y por lo mismo estética, guardaba poco á poco, en lo más recatado y secreto de su pecho las hieles amarguissimas, segregadas de aquellos versos sublimes. Pareció inverosímil; pero fué verdad. Con la indiferencia pública por cómplice, con los gobiernos por benévulos testigos, con el aplauso de viles sicofantas, arrogándose la dignidad y el título de salvador, aclamado por una parte del pueblo, y bendecido por todo el clero, un magistrado de la República, perjura, roba, mata, y recibe después un premio é su criminal sublevación, mantenida en las bayonetas del ejército sobre su cabeza, de donde huyó la conciencia, una corona de César. El pueblo francés, acordándose de que lo habían diezmado sus mismos tribunos en las jornadas de Junio, fué, si no cómplice del golpe de Estado, indiferente á su triunfo. Yo ignoro si veinte años más tarde, cuando se desquiciaba París, cuando sus edificios ardían, cuando sus calles, desde las aceras á los tejados, aparecían como un dédalo de batallas campales, cuando treinta mil oadáveres yacían sobre las piedras calcinadas. cuando corrían por los aires tempestuosos granizadas de plomo derretido, yo ignoro si el pueblo de París acertó á recordar que anticipadamente visiones tales pasaron en imágenes siniestras por las retinas de quien miró anheloso el horizonte de lo futuro en tantas inenarrables tristezas.

Los hombres del mundo antiguo, se hubieran suicidado tras un eclipse de la justicia como aquel; nosotros, los hombres del mundo cristiano sentíamos el consuelo de nuestras esperanzas religiosas y la fe viva en el progreso universal. La democracia se declaró vencida, pero no resignada y conforme con su rota. Puso, desde la mañana siguiente á la noche de su infortunio, puso mano en la reconstitución de sus instituciones. Y comprendió desde tal hora, solemne por su melancolía, la necesidad en que se hallaba de moderarse. Para la consecución de tan indispensable fin, precisábale quitar á la doctrina su herrumbre de utopía y al procedimiento sus excesos de revolución. Abrasada por haberse aproximado mucho al ideal, como la inexperta mariposilla que se acerca mucho á la llama, de día en día pone entre su entidad muy tangible y las idealidades sobrado teóricas; prudentísima distancia. Idea ninguna se define, como no se plantea frente á frente de su contraria, y ningún ideal se realiza sino recortado y disminuido dentro de la necesaria limitación. Mientras no contáramos con el tiempo creador, y no viéramos en el espacio, todos los medios ambientes, imposible prosperidad para nuestra democracia. Incipiente, adolece de todas las enfermedades anejas á una larga infancia, y expónese á lo que la flor del almendro, la cual, por madrugadora, suele anticiparse á la primavera y perderse para siempre. Un dogma que se ajuste á la realidad, como se ajusta de suyo al cuerpo el alma; que se relacione con lo real, como se relaciona la psicología con la fisiología; un dogma de segura ó fácil resolución y un método encadenado, evolutivo se imponían á la democracia en aquella crisis de

su retrogradación y en aquellas bajas de sus mareas. Todos lo rezamos á una; y todos lo íbamos cumpliendo con esa especie de inconsciencia natural á los grandes séres colectivos que aparecen infalibles en sus soberanos instintos. Nada de teoría utopista, y nada de revolución violenta, empezaron á exclamar todos los demócratas. A este cambio de temperamento, que debía convertir los tribunos en estadistas, contribuyó en primera línea el grupo de los célebres cinco republicanos franceses, cuyos ánimos no sintieron empacho ninguno, en jurar el Imperio como exigían las bárbaras leyes de tal institución, si el Imperio les dejaba un resquicio estrecho de tribuna, que les permitiese difundir la idea republicana y sostener nuestra vieja tradición. Se necesita conocer la democracia como la conocemos todos cuantos identificáramos nuestra vida con su vida, para sentir la violencia que debieron á sí mismos hacerse los demócratas jurando al perjuro Emperador é inscribiendo sus nombres junto á los sicarios del Imperio. Dstestado por los imperialistas, cuyo beatífico sueño interrumpían; y maldecidos por las exageraciones de los nuestros, que trastruecan la prudencia y la sabiduría política en traiciones, echaron sobre sus hombros una cruz pesadísima, pero la cual debía convertirse tarde ó temprano en signo y lábaro de nuestra redención.

Los dos grandes maestros de la evolución frente á la revolución fueron Deack y Manin. Cuando uno y otro concibieran sus procederes evolutivos, parecía imposible llegar á una transacción verdadera con los que representaban la tradición y autoridad monárquicas en Austria y en Italia. El Imperio aquel parecía como un verdugo implacable, pudiendo comparársele al tirano de quien dice la Biblia que baja por las laderas de agria montaña cubierto de sangre en sus combates por haber pisado cabezas de pueblos, como el vendimiador cubierto de mosto por haber pisado racimos de uvas en sus lagares. Por lo que á Italia respecta, la opinión democrática toda imputaba tras Novara el desastre definitivo á la inhábil dirección y mando de los infelices Sabollas. El ánimo no puede hoy levantarse hasta la extrañeza que causaba entonces intento á primera vista y consideración tan desvariados. Mas el genio político le había sugerido á Deack y el genio patriótico á Manin la resolución inquebrantable de transacciones sabias, fuera de las cuales no tenían esperanza ninguna de que resucitase la nacionalidad húngara ni de que resucitase la nacionalidad itálica. Cuando propuso Deack una inteligencia con los que habían llevado los rusos á Pestk y Manin, una inteligencia con los que habían retrocedido ante Austria en los funestos campos de Novara, el escándalo promovido entre los patriotas magyares é italianos puede solamente compararse con el escándalo promovido entre los republicanos franceses cuando sus guías juraron á Napoleón perjuro y fueron al Parlamento esclavo. Deack tenía junto á sí la brillantísima figura de Kossuth, fascinadora como una leyenda épica, y opiniéndose á toda trasacción, por contradictoria con los recuerdos guerreros dejados por él en dos años de maravillosas empresas; Manin tenía junto á sí la figura de Mazzini, que

mantenía el fuego sacro de la idea republicana en sus manifiestos oraculares y el trágico procedimiento de la sistemática Revolución; rodeado de carbonarios, de conjurados, de conspiradores por temperamento y por necesidad, todos ellos tan brillantes y tan artistas, pero todos ellos tan faltos de escrúpulos, cuando pugnaban por su Italia con el puñal ó con el hacha, como los príncipes y los tribunos maquiavélicos del siglo décimo-sexto; los moderados franceses tenían junto á sí la intransigencia de hombres que representaban todo el idealismo de la Revolución del cuarenta y ocho, como Victor Hugo la epopeya republicana; como Ledru Rollin el sufragio universal, como Luis Blanc las tendencias sociales; proscritos y por ende revolucionarios. Mas los transigentes, los que podíamos llamar evolutivos en Francia, Italia, Hungría, comprendiendo dos cosas bien pronto: primera, que una inmanente abstención de la política real trastrocábalos en seres de abstracción mera y simple, muy bien hallados con su religión y con su Dios, como los monjes místicos y extáticos en sus monasterios, lejanos del mundo, pero incapaces de mezclar á la vida real su vida, y de transformar el medio ambiente contrario en atmósfera y tierra dispuestas á recibir sus grandes soluciones. Deack entendió que la Hungría separada del Austria, esa utopía, se imposibilitara en el momento de caer Kossuth; Manín comprendió que la Italia independiente y libre, por medio de la resurrección de sus Repúblicas, esa utopía, también se imposibilitara en el momento de caer la República romana bajo las bombas francesas y la República veneta bajo las bombas austriacas; cual Favre y Simón y Picard, á su vez comprendieron que la República de poesía é idealismo, la República de revolución y movimiento, la República de propensiones comunistas había también huido al golpe de Estado y no quedaba otro remedio sino pensar en la República de progreso pacífico, de orden inalterable, de conservación y gobierno, traída por un conjunto de circunstancias providenciales que ningún hombre podrá detener, ni adelantar, en fin, de tal modo arreglada y dispuesta, que reconciliase las clases medias con las clases populares, á fin de no ver la representación de la patria herida nuevamente, cual en el cuarenta y ocho, por irrupciones como la horrible de Mayo y nuevamente la discordia encendida en jornadas tan terribles como las jornadas de Junio.

En parte alguna la evolución ha sucedido con ventajas tan manifiestas á la revolución como en España. Mientras tuvimos una Iglesia intolerante y exclusiva, que no permitía ninguna otra manifestación del culto religioso á su lado; una semi-absoluta Realeza rodeada por nuestro mal de burócratas artificiosos, que se creían castas asiáticas; una iniquidad é infamia como la trata piratesca y negrera, que blasfema de Dios, proclamando tal crimen indispensable á la existencia de nuestra patria; una institución tan maldita y perversa como la esclavitud que nos esclavizaba también á nosotros y nos ligaba con su férreo eslabón á la tiranía, no pudo negarse la necesidad imprescindible de aplicar á semejantes altares lo peor del privilegio en sus últimos extremos, la pólvora y aún la dinamita. Tardó

nuestro ciclo político respecto del ciclo político francés, no entramos en la evolución hasta el año en que sentimos cómo se perdían todas nuestras conquistas republicanas á los excesos revolucionarios hasta el año setenta y tres; así como no pudimos humanamente formulada con claridad, hasta después del período reaccionario inaugurado por la restauración de don Alfonso XII. La política basada en una evolución gradual y lenta, política de serie verdadera y de método muy medido, se debió á mi personal iniciativa, mantenida y secundada por un corto número de correligionarios, que compensaban mucho lo escaso de su número con lo copioso de sus ideas políticas y de sus virtudes cívicas, es una ley de la política evolucionista que se levanten contra ella los reaccionarios y los revolucionarios. Se levantan los reaccionarios porque presienten cómo su lentitud sabia impide retrogradaciones, como las famosas que le granjearon las efímeras y tristes rotas sufridas por la Europa democrática en este nuestro siglo. Se levantan contra ella los revolucionarios, porque la evolución acrisola en sus experiencias los ideales hasta quitarle toda herrumbre de utopía, convirtiéndolos en principio prácticos, y encauza las revoluciones hasta quitarle ímpetu de violencia, convirtiéndolas de inundación en riego. Y como reaccionarios y revolucionarios son especies que desaparecen cuando la paz y la libertad predominan sobre la guerra y sus fuerzas, unos con otros nos aborrecen y nos calumnian. Pero fuertes en las convicciones más robustas, hemos restablecido con el método sabio y procedente de nuestra evolución la libertad religiosa, la libertad científica, la libertad de imprenta, la libertad de reunión, la libertad de asociación, el matrimonio civil, el jurado popular, el sufragio universal, el gobierno de la nación por sí misma en dos Cámaras: todos los principios de la democracia, sin haber derramado una gota de sangre sobre nuestra perturbadísima España. Tras tales resultados griten cuanto quieran contra nosotros los vanos enemigos de una evolución tan saludable. Nosotros les mostraremos los principios democráticos en su gozoso triunfo. Y, realmente, no hemos cambiado de método. Necesitóse pólvora en el camino de la libertad para perforar las montañas y abrir los túneles; y, como ahora solamente se trata de levantar los terraplenes y poner los rails, no necesitamos la pólvora y la dinamita en ninguno de los venideros trabajos.

Contemplad la Europa del primer imperio francés, incendiada desde Cádiz hasta Moscou, la Europa del pacto entre los Reyes, del año quince obscurecida por el espíritu reaccionario, á cuyo soplo total se había extinguido toda esperanza, la Europa del año veintitrés con los Borbones en París y sus cien mil sicarios restaurando en el Trócadere la neroniana diadema de Fernando VII; la Europa del año cincuenta, en que murieran extinguidas bajo la pesadumbre de una reacción espantosa tantas naciones progresivas, considerad á la tal Europa y comparadla con la Europa de hoy, cuyos esfuerzos han recludo el absolutismo en Rusia y Turquía, levantando parlamentos y tribunas en el imperio austriaco, antes mudo y oprimido; hecho libres á los magyares que parecían hundidos

para siempre y puestos en la picota con el ignominioso clavo de su servidumbre por todo blasón, rescatado á Venecia y á Milán del extranjero, que había convertido su cuadrilátero en el Cáucaso de aquellos prometheos; destruído esa teocracia romana, clave de todo retroceso, la cual teocracia, por necesidad, habrá de contentarse con la dirección espiritual del mundo católico y habrá de reconocer la imposibilidad absoluta de recabar sus rotos poderes temporales; despedidos los Hapsburgos de la confederación germánica; ganado para el espíritu moderno los pueblos paralizados por las dinastías de Nápoles y Parma y Módena en el antiguo régimen; sustituido á los carlistas revolucionarios los radicales pacíficos en Inglaterra y á las tempestades soltadas por la tonante voz de O'Connell en Irlanda la graduada y legal política de Parnell; establecido ya por modo inapelable y definitivo la República en Francia curada de utopías, convertida por completo al progreso pacífico y destinada en plazo más ó menos breve á esclarecer á Europa; conjurado el Sudurbun, la guerra de los reaccionarios en Suiza; obligándola con arte á esgrimir en sus cuestiones interiores penetrando las armas granjeadas por sus libertades tan hermosas como sus montañas níveas, sus selvas verdes y sus lagos azules; acostumbrada Grecia y sus islas jónicas al gobierno de sí difícil en toda región, difícilísimo en las regiones orientales; diseminado pueblos independientes nuevos por las orillas del Danubio que manchaban los nefastos visires con la sangre sacada por sus látigos á las espaldas de los miserísimos rejhaes; entra en el terruño moscovita, donde se arraigaba la servidumbre antigua y esparciendo la vida en aquellas almas muertas de Gogol, redivivas á una pascua inmortal; transforma nuestra España del absolutismo y de la Inquisición en una tierra de derecho moderno, del progreso pacífico, que se junta por sus relaciones naturales con el Nuevo Mundo, sirve á la democracia universal: espectáculo consolador, el cual nos enseña cómo el planeta no se detiene jamás en su carrera por lo infinito y cómo Dios nos revela de continuo sus verdades para que las cumplamos aquí en leyes de un progreso sin fin bajo el gobierno de la Divina Providencia.



CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO

El viage regio de Varennes á París

Hubo una revolución como la revolución francesa de grande y trascendental. Y al historiar los ocasionales motivos que la impelieron en su movimiento, y las causas generadoras que la crearon en su esencia, encuéntranse los historiadores con que hubo en ella mucho viento del cielo, muchísimo impulso de las ideas; pero también muchos errores de los hombres. El dique puesto á sus mareas por las supersticiones religiosas, sólo sirvió á encreparlas en oleajes tremendos; el alanceamiento de sus hombres por las antiguas clases privilegiadas á enfuercerlos como toros rejoneados. No hay momento, de tales verdades corroborador y demostrativo, como la fuga del Rey con su familia requiriendo la intervención extranjera para conseguir el despojo de su inviolabilidad y trasladar el poder desde sus manos sagradas á las demolidoras manos de un Congreso constituyente. Ved en qué abismo se había precipitado. Desde las alturas echábase aquel infeliz de cabeza en lo más íntimo del mundo social; su diadema de Rey la había cambiado por una corona de espinas, y por una caña de befa el cetro de sus mayores; padre del pueblo se había trastrocado en su padraastro. Providencia benéfica de sus vásallos los había condenado á la invasión y á la muerte; sobre aquel territorio, cuya mayor eminencia era su trono, maquinaba la conquista; contra los que habían de hinojos pasado á sus pies la vida desataba la muerte: así no sabe uno qué admirar más en este horrible caso adverso de la realeza tradicional; si la soberbia suya, que todo lo creía permitido al poder, ó la ignorancia del espíritu que iba pene-